

Bibliografía

Fernández Moreno. *Ciudad*, versos de

Recuerdo haber leído hace ya mucho tiempo un artículo, creo que de Víctor Pérez Petit, en que presentaba al público de habla castellana a un poeta negro, autor de un libro de versos, que hallaba en todo un motivo para cantos: y decía entre otras cosas un himno, un breve himno, bueno y sencillo como el objeto a que iba dedicado, a una caja de betún.

Me vino a la memoria este recuerdo cuando he terminado la lectura de este nuevo libro de versos que nos ofrece ahora Fernández Moreno. Y es que hay un estrecho parentesco entre aquel poeta negro con sensibilidad de niño y este poeta blanco que mira también con ojos infantiles todas las cosas y que ha leído a Rubén Darío y ha gustado de Rabindranath Tagore.

Qué lejos nos hallamos de los parnasianos que a fuerza de retorcet el verso nos han ocultado el alma! Fernández Moreno nos dice las cosas de su espíritu con la misma encantadora sencillez con que debieron cantar los primeros trovadores que han venido al mundo y con el mismo pueril candor. Ajeno a toda otra preocupación que la de acercarnos a su corazón como si necesitara de nosotros para seguir palpitando, él nos descubre su alma de poeta niño al través de sus versos, que más parecen buena prosa, como al través de un puro cristal. Y para ello se vale de todas las cosas que se descubren a sus ojos, así sean las más humildes, un breve montón de basuras, avergonzado y triste, junto a una vieja rapia de ladrillos o una chapla metálica en que ofrecen sus labores las poltreñas profesoras de piano y solfeo. Todas las motivos los halla buenos el poeta para decirnos sus pequeñas inquietudes, casi a ras del alma:

Parece que vuestros ojos
anillados de oro, borran...
Yo soy como una ranita
en la ciudad monstruosa,

exclama en presencia de unas ranitas de Córdoba, miradas entre aserria en una vidriera sordida. ¿No es sueta dulcemente al oído esta confesión dicha casi en voz baja con que el poeta se sorprende? Leyendo los versos de Fernández Moreno, se nos ocurre pensar en el pequeño Pierre Nozière

que Anatole France lanza por las calles de París del brazo de Nanette.

Y aún cuando choque a nuestra sensibilidad de hombres modernos que el poeta nos cuente ciertas cosas, terminamos por aceptarlas, y hasta con gusto, al ver la sinceridad que pone en ellas. Hasta el verso mismo que emplea, desprovisto de todo artificio, parece de propósito para decirnos sus confesiones...

¿Pero es verdad que Fernández Moreno se nos muestra todo entero en sus versos? Tal vez interrogado de esta suerte él mismo contestara afirmativamente. Sin embargo, al través de las cosas que nos dice percibiremos otras que pugnan por salir a luz, como voces profundas que el poeta trata de acallar en medio del ruido ensordecedor de las calles.

Madre, no me digas:
—Hijo, quédate...
La calle me llama
y a la calle irá...
Yo tengo una pena
de tan mal jaez,
que ni tú ni nadie
puede comprender,
y en medio a la calle
me siento tan bien!

¡Oh, las calles! El poeta siente miedo de quedarse a solas consigo mismo en su pueblito de estudiantón bohémio. La soledad provoca en los espíritus sensibles terribles inquietudes y nuestro poeta teme de acercarse a mirar demasiado adentro de su alma y huye a la calle:

La calle, la calle,
¡loco casabol!

Si de día, a aquellas más concurridas donde hombres y mujeres buscan un olvido para sus cosas íntimas; si de noche, a aquellas más apartadas, abundantes de sombras, como la humilde callejuela de Rancé que ofrece a su espíritu el sencillo misterio de su ruina, o busca refugio en la mesa del café esperando que se ageste la última escarala. Entonces vuelve a su casa por las amplias avenidas llenas de azul llorando en voz alta sus versos.

Tal es el poeta; sus ojos francos diviáanse hechos para descubrir el alma de las cosas vulgares. De él podría decirse en cierto modo lo que en otro terreno decía Maeterlinck de Emerson: Fernández Moreno es el poeta de los días ordinarios; él está más cerca que ningún otro de nuestra vida habitual.

Al cantar, él pone una lágrima en todas las cosas que vé y así éstas se nos aparecen distintas de como son en realidad... ¿no es angustioso vivir leyendo a sí mismo? Y ese poco de angustia que su espíritu comunica a todas las cosas, esa nota de honda y serena tristeza con que

el cristianismo ha enriquecido nuestro tesoro espiritual y que respiramos en todas las composiciones de Fernández Museo, es posiblemente la característica que más le aleja de los primitivos y que más le acerca a nosotros.

S. Scheinberg.

Julio C. Savón—La obra antropológica de Ameghino. Refutación a las conferencias del P. Blanco, (Comentarios Mayo 20 de 1917)

Hemos recibido los números 5 y 9 de la Revista de Crítica «Comentarios», simpática Revista, por cierto, pues en ella vibra la voz de pensamientos juveniles, modernamente orientados.

En el número 9 aparece un concienzudo artículo del señor Julio C. Savón contra unas pretendidas refutaciones, hechas por el sacerdote señor Blanco, a los trabajos e ideas de Florentino Ameghino. El señor Savón, quejase de que nuestros hombres de ciencia hayan guardado un silencio que en nada les honra; esto, efectivamente, fué lo primero que se impuso en los espíritus que leían los resúmenes de las conferencias del señor Blanco, aparecidos en la prensa diaria; pero el folleto que luego hizo imprimir dicho señor, conteniendo todas sus conferencias, nos convenció que al leerlo nuestros hombres de ciencia, habrán creído más científico y más digno no contestar a esas locubraciones, cúmulo de falsedades y pueril juego de palabras.

Cuando un crítico o comentarista como el señor Blanco, se permite decir que las ideas expuestas por Ameghino, en su fundamental obra «Etiologías» dan por tierra con las teorías de Darwin, por serles opuestas; cuando se permite invocar el nombre de Haeckel, haciéndole decir cosas e ideas que jamás ha pensado y que en sus libros no se registran; y cuando afirma que para comprobar las ideas darwinistas, en relación al número de especies de animales concebidas, que nos ha quedado ni hueso, ni un vestigio, ni un fragmento, su osadía e ignorancia llegan al colmo.

Allí están las numerosas piezas coleccionadas, extraídas del lecho millenario donde yacían; allí los libros de los sabios que son producto de esas mismas investigaciones; allí el acierto de muchas concepciones de Ameghino, quien, citando un solo ejemplo, a pesar de la fantasía constructiva que le atribuye el buen sacerdote, dijo: «el tipo intermedio entre el Piroterio, antecesor fósil de los Proboscídeos, y los Proboscídeos debía hallarse en Africa, dado el sentido de su emigración; en efecto, pocos años después se halló en el desierto de Libia y en el «Fayum» Egipto las formas intermedias previstas por Ameghino, en los terrenos y con los caracteres por él indicados.

Basta este sólo hecho para cimentar la obra del sabio.

Para sentar más el prurito de ofensa, hacia la labor paciente de la Ciencia, que posee el señor Blanco, extractamos del artículo citado, una